EL HUMOR DE FEDERICO BALART

ESTAMOS acostumbrados a recordar la figura de Federico Balart (Pliego, 1831-Madrid, 1905), como el polémico escritor y político que, mediada su edad, se refugió en la poesía para lamentar su dolor espiritual y físico y mostrar a los cuatro vientos una inextinguible pena causada por la muerte de su esposa. Poeta éste para nosotros triste y acongojado, que canta, en una de las más sentidas elegías del siglo pasado —su libro "Dolores" (¿1893?)— (1) la tristeza, la soledad, el llanto, la amargura, la muerte, entre dolidos presagios tan sólo mitigados por una fe creciente y sincera.

Plenamente de acuerdo con esta imagen del poeta, certera y definida, parece oportuno que nos fijemos, aunque sólo sea momentáneamente y como excepción, en otro aspecto más olvidado o menos conocido del poeta: su humor, su pequeño paseo por los terrenos de lo festivo y lo jocoso. No por ello hemos de dejar de reconocer que el mejor poeta está en su libro "Dolores", como tan precisamente ha sido estudiado por autores como Clarín (2), Adrenio (3) y en nuestro ámbito por Barceló (4) y Valenciano

(1) *Dolores*. (Poesías). Imp. M. G. Hernández, Madrid, (s. a.).

(2) LEOPOLDO ALAS, CLARIN: "Estudio crítico", *Poesías completas* de Balart, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1929, t. I.

(3) E. GOMEZ DE BAQUERO, ANDRENIO: "Estudio crítico", *Poesías completas* de Balart, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1929, t. II.

(4) JUAN BARCELO JIMENEZ: *Vida y obra de Federico Balart*, prólogo de ANGEL VALBUENA PRAT, Diputación Provincial, Murcia, 1956.

UNIVERSIDAD DE MURCIA

Gayá (5) —que tan sabiamente supo compararlo en el amor y en la pena al otro poeta murciano del dolor, Vicente Medina—. Clasificado el poeta de Pliego en este orden de cosas, hemos de admirar su variedad temática, su capacidad de inteligente versificador y, sobre todo, su indudable sinceridad, demostrada por la verdad de un hecho vital indiscutible: la muerte de Dolores. Con ello se alejan cuantas dudas puedan surgir en torno a posibles repetidos tópicos.

El lector sabe que la suerte de Balart en la crítica no ha sido siempre la misma. Desde el desmedido ditirambo inicial —sus contemporáneos— hasta críticas adversas —Rubén, Azorín, Montoliu (6)— se han desarrollado elogios y ataques que difícilmente han podido cristalizar en un justo término medio, hábilmente logrado por Barceló en su libro, ya veterano, sobre el poeta de Pliego. Con este honrado trabajo se sitúa en su puesto, sin desequilibrios críticos al Balart "de lo gris en la persona y del sonsonete en los versos", como lo llamó Valbuena Prat (7).

Pero olvidemos los problemas bibliográficos y el dolor del poeta, para pasar a una faceta más alegre de este escritor de Pliego que conservó, a pesar de todo, su murciano sentido del humor, presente en su libro "Fruslerías" (1906) (8). Recordemos el tono desenfadado de aquel autor que evocando su pueblo compuso estos conocidos versos:

Siempre en mi mente se destaca Pliego
con su pinar, sus caños y su loma.

Cuenta el buen humor en nuestras letras con grandes cultivadores, que, desde el fino sentido irónico de la vida en Cervantes, hasta la sátira mordaz de Quevedo, va creando una larga singladura literaria en la que participan Góngora y tantos otros. En Murcia también tuvimos por los Siglos de Oro un extraordinario poeta jocoso que supo imprimir a sus versos, entre recursos barrocos e ingeniosas asociaciones conceptuales, un agudo sentido del humor. Si no les separasen distancias difícilmente salvables, Polo de Medina podría ser un precedente de la faceta que comentamos en Balart. Cada uno en su tiempo y en su ambiente, eso sí, pero campeando por todas par-

(5) LUIS VALENCIANO GAYA: "Federico Balart y Vicente Medina: un análisis del amor y de la pena", *Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras,* XV, 2, 1956-1957.
(6) Vid. JUAN BARCELO JIMENEZ: *Op. cit.,* p. 87 ss.
(7) ANGEL VALBUENA PRAT: Prólogo al libro de BARCELO, cit., p. IX.
(8) *Fruslerías.* (Poesías festivas). Imp. M. Ribadeneyra, Madrid, 1906.

UNIVERSIDAD DE MURCIA

tes la desenfadada gracia del poema ingenioso. Compruébese con cuantos lugares comunes harto repetidos rompe esta pequeña balada del poeta de Pliego:

¿Sabes tú lo que dicen, tristes y solas,
al morir en la playa las verdes olas?
Niña adorada,
te lo diré en secreto: no dicen nada.

Es éste el antipoema por excelencia, la balada que quiebra con la secular tradición de infinidad de románticas prosopopeyas. El humor juega esas pasadas. El realismo se enfrenta al tópico desgastado y lo deshace en segundos. Y nos sorprende que sea Balart, precisamente, el que escriba esos versos.

Otras veces, nos recuerda a su paisano y a otros clásicos por su ingenio, por su facilidad de sintetizar con el verso y el ritmo estrecho de un décima un sutil pensamiento o anécdota, como la conseguida en este epígrama:

Valiéndose de las tretas
que su astucia le dictó,
a un cojo que se durmió
robó un rata las muletas.
En razones muy discretas,
al notar la infame acción,
con santa resignación,
y sin señales de enojo,
"¡Quiera el cielo —dijo el cojo—
que le sirvan al ladrón!".

Sorprendente y taliónico final en el que la venganza del desvalido recuerda tantos ejemplos vistos en la picaresca de nuestros Siglos de Oro.

Pero el libro no es muy extenso, lo que tenemos que lamentar. Por eso vamos a recordar, por último, alguna de las máximas "políticas y morales y de urbanidad para personas distinguidas" que aparecen en la parte final del librito. Domina en ellas la fina ironía del hombre acostumbrado a visitar salones y casas de la Corte, y revelan hasta qué punto el espíritu nacido en la naturaleza de la provincia ironiza ante estúpidas y ya decadentes conveniencias sociales:

UNIVERSIDAD DE MURCIA

En Palacio y en actos de etiqueta
nunca lleves al hombro la chaqueta,

que resulta aún más divertida cuando se lee en una nota a pie de página. "Quedan exceptuados los húsares". Del mismo tono es la tan breve:

A baile culto y reunión honesta,
no deben ir las señoras con la cesta.

Algunas pueden sorprender por su ingenuo humor e inesperado resultado:

Entrar en la taberna no es pecado;
salirse sin pagar es arriesgado.

Poesía intrascendente, del tono de las "Humoradas" de Campoamor, muy del siglo XIX, de la que no se quiso, o no se pudo, mantener alejado Federico Balart. Poesía al servicio del humor y de la gracia, más que manual de moralidad urbana y social. Poesía, en fin, sin reconvención moral ni sátira despiadada. Lo lamentable quizás sea que Balart no cultivase con más asiduidad esta vena jocosa, que posiblemente hubiese producido un buen especialista en el género. Pero los años que le tocó vivir, junto a su posición social y su propio severo temperamento crítico, no eran los más adecuados para desenfadados y frívolos desparpajos humorísticos. Las circunstancias pudieron esta vez más y no dejaron libertad al poeta festivo que Balart llevaba dentro, porque —parece claro— madera y recursos, por lo visto, no le faltaron.

(*Nota de Francisco Javier Díez de Revenga*)

UNIVERSIDAD DE MURCIA